

aquí imperdonables. El amo no sabrá nada; esto es todo lo que yo puedo hacer por un compañero.

A los veinte años, Oscar era tercer pasante del estudio de maese Desroches. Hacía el trabajo de un segundo pasante, y, si no ganaba nada aún, en cambio le daban habitación y mesa. Desroches tenía una clientela numerosísima y el trabajo en su casa era pesadísimo. Después de aprobar el segundo año de derecho, Oscar, que entendía ya más que muchos licenciados, iba solo al palacio de Justicia y llevaba la dirección de algunos asuntos. Sin embargo, aunque se había hecho muy razonable, siempre se notaba en él una propensión al placer y un deseo de brillar que eran reprimidos por la severa disciplina y la labor continua de aquella vida. El comerciante en bienes, satisfecho con los progresos del pasante, cesó de ser severo con él. En el mes de julio de 1825, cuando Oscar se licenció, Moreau le dió un traje para que se vistiese con elegancia. La señora Clapart, feliz y orgullosa con su hijo, preparaba un magnífico ajuar al futuro licenciado, al futuro segundo pasante. En las familias pobres, los regalos suelen siempre consistir en alguna cosa útil. A la entrada del mes de noviembre, Oscar Hussón pasó á ocupar la habitación del segundo pasante, á quien reemplazaba con ochocientos francos de sueldo y mesa. Su tío Cardot, que fué en secreto á pedir informes de su sobrino al señor Desroches, prometió á la señora Clapart poner á Oscar en disposición de establecer un estudio, si éste continuaba observando buena conducta.

A pesar de tan buenas apariencias, Oscar Hussón libraba rudos combates en su fuero interno. Había momentos en que deseaba abandonar aquella vida que tan contraria era á sus gustos y á su carácter, y consideraba á los presidiarios más felices que él. Acardenalado por el collar de aquel régimen de hierro, le daban intenciones de huir para siempre. Llevado á veces de movimientos de locura por las mujeres, deseaba escapar, pero se resignaba sintiendo después un profundo desprecio por la vida. Sostenido por el ejemplo de Godeschal, más bien que andando, iba arrastrado á la fuerza por aquel rudo camino. Godeschal, que observaba á Oscar, procuraba siempre no exponer á su pupilo á las seducciones. La mayor parte de las veces le tenía sin dinero ó le daba tan poca cantidad que no podía entregarse á ningún exceso. En este último año Godeschal había llevado

á Oscar á cinco ó seis fiestas, porque comprendía que era preciso alojar un poco la cuerda á aquel pobre cervatillo preso. Estas calaveradas, como las llamaba el severo primer pasante, ayudaron á Oscar á soportar la existencia; pues si se divertía poco en casa de su tío Cardot, menos se divertía en casa de su madre, que vivía aún con más miseria que Desroches. Moreau no podía, como Godeschal, familiarizarse con Oscar, y sin duda este sincero protector del joven Hussón se sirvió de Godeschal para iniciar al pobre muchacho en los misterios de la vida. Oscar que, con su práctica en los negocios, se había hecho discreto, acabó por comprender la magnitud de la falta cometida durante su fatal viaje en diligencia; pero la masa de sus fantasías reprimidas y la locura de su juventud podían aún arrastrarle. Sin embargo, á medida que iba conociendo el mundo y sus leyes, su razón se formaba, y con tal que Godeschal no le perdiese de vista, Moreau esperaba hacer un hombre del hijo de la señora Clapart.

—¿Qué tal va el chico?—le preguntó el ex administrador á Godeschal al volver de un viaje que le había mantenido algunos meses fuera de París.

—Siempre demasiada vanidad—respondió Godeschal.—Usted le da buenos trajes y buena ropa, y él se da aires de príncipe, y se va los domingos á las Tullerías á buscar aventuras. ¿Qué quiere usted? es joven. Me está rogando continuamente que le presente en casa de mi hermana, donde vería una famosa sociedad: actrices, bailarinas, gomosos, gente que derrocha su fortuna... Mucho me temo que no sienta afición por la carrera. Sin embargo, no habla mal, podría ser abogado, y seguramente que haría buenas defensas.

En el mes de noviembre de 1825, cuando Oscar Hussón tomaba posesión de su nuevo cargo, entraba en casa de Desroches un nuevo cuarto pasante para sustituir á Oscar.

Este cuarto pasante, llamado Federico Marest, se dedicaba á la magistratura y acababa de terminar la carrera de derecho. Según los informes obtenidos, este muchacho, de veintitrés años, que tenía una fortuna de mil doscientos francos de renta que le había dejado un tío soltero, era hijo de la señora Marest, viuda de un rico comerciante en maderas. El futuro magistrado, animado del laudable deseo de conocer su profesión en sus menores detalles, entraba en casa de



Desroches con intención de hacer la práctica en dos años. Pensaba empezar su carrera en París y ver si por este medio podía lograr sus aspiraciones. Llegar á ser, á los treinta años, procurador del rey de un lugar cualquiera, era toda su ambición. Aunque Federico era primo hermano de Jorge Marest, como el embustero compañero de viaje no había dicho su nombre más que á Moreau, el joven Hussón no le conocía más que por el nombre de Jorge, y el nombre de Federico Marest no podía recordarle nada.

—Señores—dijo Godeschal en el almuerzo dirigiéndose á todos los pasantes,—os anuncio la llegada de un nuevo colega; y, como es riquísimo, espero que le haremos pagar la novatada.

—Venga el libro, y mostrémonos serios—repuso Oscar mirando á uno de los aprendices.

El aprendiz saltó como una ardilla por encima de los estantes para buscar un registro colocado en la parte superior de éstos para que adquiriese allí algunas capas de polvo.

—¡Está bueno de polvo!—dijo el aprendiz mostrando el libro.

Expliquemos la clase de broma perpetua que daba origen á este libro que existía entonces en la mayor parte de los estudios. *No hay nada como los almuerzos de pasante, las comidas de tratantes y las cenas de señor*: este antiguo dicho del siglo xviii, es indudable para el que ha pasado dos ó tres años de su vida haciendo prácticas en casa de un procurador ó de un notario cualquiera. En la vida de pasante, en que tanto se trabaja, se ambiciona el placer con tanto más ardor, por cuanto que es muy raro. Pero lo que más se saborea, sobre todo, son las burlas. Esto explica, hasta cierto punto, la conducta de Jorge Marest en el coche de Pierrotín. El pasante más sombrío está siempre con ganas de broma y de farsa. Es maravilloso ver el instinto con que se ordena y se lleva á la práctica entre pasantes una broma ó una burla, lo mismo que entre pintores. El taller y el estudio son, en este género, escuelas superiores á la misma escuela de la comedia. Adquiriendo un título, Desroches reanudaba, por decirlo así, una nueva dinastía. Esta fundación interrumpió la serie de prácticas relativas á la bienvenida. Así es que, llegado á una habitación en donde nunca se habían archivado papeles timbrados, Desroches había puesto mesas nuevas, cartones blancos y todo nuevo. Su estudio se compuso de

pasantes tomados de diferentes estudios, sin lazo alguno de amistad y asombrados ellos mismos de no conocerse. Godeschal, que había hecho sus primeras armas en casa de maese Derville, no era hombre que dejase perder la preciosa tradición de la bienvenida. La bienvenida es un almuerzo que debe todo neófito á los empleados del estudio donde se entra. En el momento en que el joven Oscar entró en el estudio, que fué seis meses después de la instalación de Desroches, una tarde de invierno en que el trabajo se acabó siendo aún temprano, en el instante en que los pasantes se calentaban antes de marchar, á Godeschal se le ocurrió la idea de confeccionar un llamado registro repostero-notarial, de gran antigüedad, salvado de las tormentas de la Revolución, que proviniese del procurador Bordín, predecesor inmediato de Sauvagnest, procurador á quien sucedía Desroches. Empezaron por buscar en casa de un anticuario algún libro registro con el sello del siglo xviii, debidamente encuadernado en pergamino, y en el que pudiera verse una providencia del gran consejo. Después de haber encontrado este libro, lo frotaron contra el suelo, contra una sartén y lo tuvieron mucho tiempo en la cocina; lo dejaron también en el sitio que los pasantes llaman *cuarto de los expedientes resueltos*, obteniendo de este modo una antigüalla maravillosa, con grietas de una vetustez indudable y con roeduras que harían creer á cualquiera que los ratones se habían regalado con él. Todo estaba imitado con una perfección asombrosa. Una vez puesto el libro en este estado, he aquí algunas citas que mostrarán claramente á los más obtusos el uso á que los pasantes del estudio de Desroches lo destinaban. Las sesenta primeras páginas contenían una multitud de procesos verbales falsos. En la primera hoja se leía:

«En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Afi fea. Hoy, fiesta de nuestra señora Santa Genoveva, patrona de Paris, bajo cuya invocación fe han puefto desde el año 1525, los pasantes de este estudio, nosotros, los infraescritos pasantes y aprendices del estudio de maese Jerónimo Sebaftián Bordín, sucesor del difunto Guerbet, procurador de Chastelet, hemos reconocido la necesidad en que estamos de reemplazar el registro y archivo destinado á consignar el ingreso de los pasantes de este glorioso estudio, el cual registro fe ha llenado con las actas de nuestros queridos y muy



amados predecesores, y habiendo rogado al archivero de palacio que lo uniese á los de los demás estudios, hemos ido todos á misa á la parroquia de San Severino para solemnizar la inauguración de nuestro nuevo registro.

»En fe de lo cual, firman: Malin, primer pasante; Grevin, segundo pasante; Atanasio Feret, pasante; Jacobo Huet, pasante; Regnaud de Saint-Jean-d'Angely, pasante; Bedeau, aprendiz. Año 1787 de Nuestro Señor.

»Después de oída la misa nos hemos trasladado todos á Courtille, y, á efecto, hemos tenido un gran banquete que ha durado hasta las siete de la mañana.»

Este documento estaba admirablemente escrito. Un perito hubiera jurado que este escrito pertenecía al siglo XVIII. A continuación seguían veintisiete procesos verbales, y el último se refería al fatal año de 1792. Después de una laguna de diez y siete años, el registro empezaba en 1805 con el nombramiento de Bordin como procurador del tribunal de primera instancia del Sena. He aquí como empezaba la reconstitución de aquella dinastía de pasantes:

«Dios, en su clemencia, ha querido que, á pesar de las espantosas desgracias que ha sufrido la tierra de Francia, convertida hoy en Imperio, los preciosos archivos de maese Bordin se hayan conservado; y nosotros, los infrascritos pasantes del muy digno y muy virtuoso maese Bordin, dado el sinnúmero de títulos, cartas y privilegios que se han perdido, no titubeamos en atribuir esta inaudita conservación á Santa Genoveva, patrona de este estudio, y también al culto que el último procurador ha rendido á todos los antiguos usos y costumbres. En la incertidumbre de saber cuál parte ha tomado Santa Genoveva y cuál maese Bordin en este milagro, hemos resuelto ir á San Esteban del Monte, para oír allí una misa que será dicha en el altar de aquella santa pastora, que nos envía tantos carneros para esquila, y hemos resuelto también ofrecer un almuerzo á nuestro patrón, esperando que pagará él los gastos.

»Lo firman: Oignart, primer pasante; Poidevin, segundo pasante; Derville, pasante; Agustín Coret, aprendiz.

»En el Estudio el 10 de noviembre de 1806.»

«A las tres de la tarde del día siguiente, los pasantes infrascritos consignan aquí su gratitud á su excelente patrón, que les ha regalado en casa del señor Rolland, fondista, calle del Hasard, con vinos exquisitos de tres países, de Burdeos, de Champagne y de Borgoña, y con platos succulentos, habiendo durado el banquete desde las cuatro de la tarde hasta las siete y media. Hubo café, helados, licores en abundancia. Pero la presencia del patrón no ha permitido el que pudiesen cantarse salmos *pasantescos* de alabanza. Ningún pasante ha traspasado los límites de la alegría, porque el digno, respetable y generoso patrón había prometido llevar á sus pasantes á ver Talma en *Britannicus*, al teatro Francés. ¡Larga vida á maese Bordin!... ¡Que Dios derrame sus gracias sobre tan venerable jefe! ¡Ojala pueda vender muy caro tan glorioso estudio! ¡Que los clientes ricos vengan á porfía! ¡Ojalá que cada céntimo que ha gastado se convierta en un rubí! ¡Quiera Dios que todos los patrones se le parezcan! ¡Sea siempre amado de los pasantes, aun después de muerto!»

Seguían treinta procesos verbales de ingresos de pasantes, los cuales procesos llamaban la atención por las letras y tintas diversas, por sus frases, por las firmas y por los elogios del banquete y de los vinos, que parecían probar que el proceso verbal se redactaba y firmaba acto continuo de celebrarse la comida, *inter pocula*.

Finalmente, con fecha de mes de julio de 1822, época de la prestación del juramento de Desroches, se encontraba esta prosa constitucional:

«Yo, el infrascrito Francisco Claudio María Godeschal, llamado por maese Desroches para llenar las difíciles funciones de primer pasante en un estudio en que la clientela está por crear, habiendo sabido por maese Derville, de cuya casa salgo, la existencia de los famosos archivos *reposterotariales* que son célebres en palacio, he rogado á nuestro buen patrón que se los pida á su predecesor, porque era muy importante que se recobrase el documento que llevaba la fecha de 1786 y que se relaciona con otros archivos depositados en palacio, cuya existencia nos ha sido certificada por los señores Terrasse y Duclos, archiveros, y con ayuda de los cuales nos remontamos hasta el año 1525, encon-



trando indicaciones históricas y de gran valor sobre las costumbres pasantescas.

»Habiendo hecho inmediatamente la correspondiente demanda, el estudio ha entrado hoy en posesión de esos testimonios del culto que nuestros predecesores han rendido constantemente á la *diva* botella y á las buenas chuletas.

»En su consecuencia, para edificación de nuestros sucesores y para reanudar las buenas costumbres, he invitado á los señores Doublet, segundo pasante; Vassal, tercer pasante, Herissón y Grandemain, pasantes, á almorzar mañana domingo al *Caballo Rojo*, donde celebraremos la conquista de este libro que contiene la carta de lo que tragamos.

»Este domingo, 27 de junio, se bebieron doce botellas de diferentes y exquisitos vinos, y se comieron empanadas *jus romanum*, un filete de buey y un guisado con setas. La señorita Marieta, ilustre hermana del primer pasante y miembro de la Academia Real de música y de baile, ha mostrado su generosidad poniendo á disposición del estudio butacas para la función de esta noche; después de lo cual se ha acordado que todos los pasantes vayan en persona á casa de esta noble señorita para darle las gracias y hacerle presente que en su primer proceso, si el diablo le proporciona alguno, sólo pagará los gastos de desembolso, de todo lo cual se levanta acta.

»Godeschal ha sido proclamado la flor de los pasantes, y, sobre todo, un buen pasante. ¡Ojalá que un hombre que tan bien trata á los amigos pueda tratar en breve de adquirir un estudio!»

Había en esta acta manchas de vino, de grasa y párrafos que parecían jeroglíficos. Para hacer comprender bien el sello de verdad que habían sabido imprimir á este registro, bastará dar cuenta del proceso verbal redactado con motivo del pretendido banquete de recepción de Oscar:

«Hoy lunes, 25 de noviembre de 1822, después del banquete habido ayer en la calle de la Cerisaye, distrito del Arsenal, en casa de la señora Clapart, madre del aspirante Oscar Hussón, nosotros, los infrascritos, declaramos que la comida de recepción ha excedido á nuestros deseos. Se componía de rábanos negros y encarnados, de pepinillos en vi-

nagre, de anchoas, de manteca y aceitunas, como entremeses; de un magnífico guisado de arroz que daba pruebas de la solicitud materna, pues notamos en él un delicioso gusto á pollo; y, por confesión del propio interesado, supimos después que la señora Clapart había hecho una gran matanza la víspera para preparar la comida con ese cuidado que sólo se tiene en las casas particulares.

»*Item*, un adobo rodeado de hielo, debido á la madre del susodicho.

»*Item*, una lengua de buey con tomate, de la que dimos buena cuenta.

»*Item*, una compota de pichones, de tan exquisito gusto, que parecía haber sido aderezada por ángeles.

»*Item*, una gran fuente de natillas.

»*Item*, un postre compuesto de once platos delicados, entre los cuales, á pesar del estado de embriaguez en que nos habían puesto diez y seis botellas de vinos escogidos, nos llamó la atención una compota de albaricoques de augusta y aromática delicadeza.

»Los vinos de Roussillon y los de la costa del Rhône han dejado atrás á los de Champagne y de Borgoña. Á pesar del exquisito café, una botella de marrasquino y otra de *kirsch* nos han sumido en un éxtasis enológico tal, que uno de nosotros, el señor Herissón, se ha encontrado en el bosque de Bolonia, creyendo estar aún en el paseo del Temple, y Jacquinaut, el aprendiz, de catorce años de edad, ha hecho el amor á unas mujeres de cincuenta y siete años, tomándolas por doncellas.

»Es ley severa de los estatutos de nuestra orden el que las magnificencias de la bienvenida se consideren por relación con la fortuna de los aspirantes á los privilegios de pasante, pues es de notoriedad pública que nadie se dedica á Temis teniendo rentas, y que todo pasante es sostenido y ayudado por sus padres. Por esta razón hacemos constar aquí nuestros elogios sobre la conducta de la señora Clapart, viuda del señor Hussón, padre del impetrante, y confesamos que es digno de los hurras que se lanzaron á los postres; en fe de todo lo cual firmamos todos.»

Con este falso registro habían sido ya engañados tres pasantes, y, por lo tanto, había ya inscritas en el registro las reseñas de tres recepciones reales.



El día de la llegada de un neófito al estudio, el aprendiz colocaba en su asiento y sobre su pupitre, los archivos postero-notariales, y los pasantes gozaban del espectáculo que ofrecía la fisonomía del recién llegado, examinando estas burlescas páginas. *Inter pocula*, cada nuevo engañado venía en conocimiento del secreto de aquella farsa pasantesca, y, como era de esperar, esta revelación les inspiró el deseo de engañar á los que fuesen viniendo.

Ahora cualquiera puede imaginarse la cara que pondrían los cuatro pasantes y el aprendiz al oír aquella palabra de Oscar: «Venga el libro.»

Diez minutos después de esta exclamación, un hermoso joven, alto y de rostro agradable, se presentó preguntando por el señor Desroches, y no tardó en decir su nombre á Godeschal.

—Soy Federico Marest y vengo á ocupar aquí la plaza de tercer pasante.

—Señor Hussón—dijo Godeschal á Oscar,—indique usted á este señor su sitio y póngale al corriente respecto á la clase de trabajo que tiene que ejecutar.

Al día siguiente el pasante encontró el libro sobre su pupitre; pero, después de haber recorrido las primeras páginas, se echó á reír, y, sin hacer promesa alguna, dejó el libro después de mirarlo.

—Señores—dijo al marcharse,—tengo un primo que es primer pasante del notario Leopoldo Hannequin, y le consultaré respecto á lo que debe hacerse para celebrar la bienvenida.

—Esto va malo—exclamó Godeschal.—El futuro magistrado no es novato.

—Lo marearemos—dijo Oscar.

Al día siguiente, á las dos, Oscar vió entrar y reconoció en la persona del primer pasante de Hannequin á Jorge Marest.

—¡Hombre! aquí está el amigo de Alf Pachá—exclamó con aire desenvuelto.

—¡Toma! ¿está usted aquí, señor embajador?—respondió Jorge reconociendo á Oscar.

—¿Se conocían ustedes ya?—preguntó Godeschal á Jorge.

—Ya lo creo, como que hace dos años hicimos juntos una porción de tonterías—dijo Jorge.—Sí, precisamente por ese motivo fué por lo que salí de casa de Crottat para entrar en casa de Hannequin.

—¿Por qué motivo?

—¡Oh! nada—respondió Jorge al ver la seña que le hacía Oscar.—Quisimos burlarnos de un par de Francia y fué él el que se burló de nosotros... Conque ¿quieren ustedes hacerle pagar una fiesta á mi primo?

—Queremos hacerle cumplir la ley—dijo Oscar con dignidad.—Aquí tiene usted el registro.

Y le presentó el famoso libro abierto por el sitio en que se encontraba una sentencia de exclusión dictada contra el refractario que, por roñoso y mezquino, había tenido que salir del estudio en 1788.

—Ya veo que es una farsa y me lo confirma más este libro—replicó Jorge.—Pero mi primo y yo somos ricos, os daremos una fiesta como no la habéis tenido nunca, y esto estimulará vuestra imaginación para redactar el proceso verbal. Mañana domingo, os esperamos á las dos en el *Rocher de Cancale*. Después os llevaré á pasar la noche á casa de la marquesa de Florentina y Cabirols, en donde jugaremos y en donde encontraréis mujeres distinguidas á elegir. Así, pues, señores solicitantes de primera instancia—repuso con acento notarial,—sean ustedes puntuales y sepan siquiera llevar el vino como los señores de la Regencia.

—¡Hurra!—gritó todo el estudio á una voz.—¡Bravo!... ¡Very well!... ¡Vivan los Marest!

—Y bien ¿qué ocurre?—preguntó el amo saliendo de su oficina.—¡Ah! ¿estás tú aquí, Jorge? Comprendo, seguramente que vienes á pervertir á mis pasantes.

Y dicho esto entró de nuevo en su despacho llevándose consigo á Oscar.

—Toma, ahí tienes quinientos francos—le dijo abriendo la caja;—vete al palacio de Justicia y saca de la escribanía los documentos del pleito Vandenesse contra Vandenesse; si es preciso, hay que resolverlo esta misma tarde. He prometido una propina de veinte francos á Simón; si no se ha verificado ya, espera á que se verifique el juicio, y no te dejes embrollar, pues Derville, por salir airoso, es capaz de hacer cualquier cosa. El conde Félix de Vandenesse es más poderoso que su hermano el embajador, nuestro cliente. Abre, pues, los ojos, y si se presenta alguna dificultad, ven á buscarme.

Oscar partió con intención de distinguirse en aquella primera escaramuza, que era el primer asunto que le tocaba



defender. Después de la marcha de Jorge y de Oscar, Godeschal habló al nuevo pasante de la broma que á su juicio encerraba la cuestión de la marquesa de las Florentinas y Cabirollos; pero, Federico, con una sangre fría y una seriedad de procurador general, continuó la broma de su primo y persuadió á todo el estudio, con su manera de hablar y con su actitud, de que la marquesa de las Florentinas era viuda de un grande de España á quien su primo hacía la corte. Nacida en Méjico é hija de una criolla, esta joven y rica viuda se distinguía por la melosa negligencia propia de las mujeres nacidas en estos climas.

—¡Le gusta beber, reir y cantar como á nosotros!— dijo en voz baja tarareando la famosa canción de Beranger.— Jorge—añadió—es muy rico, acaba de heredar á su padre que era viudo, entrando en posesión de una renta de diez y ocho mil francos, lo cual, unido á los doce mil de renta que nuestro tío nos ha dejado á cada uno, asciende á la suma de treinta mil francos. Ha pagado sus deudas y deja el notariado. Espera á ser marqués de las Florentinas, pues la joven viuda es marquesa por parte de su familia y tiene derecho á dar el título á su marido.

Si los pasantes quedaron indecisos respecto á lo que pudiese haber de cierto sobre lo de la marquesa, la doble perspectiva de un almuerzo en la *Rocher de Cancale* y de una velada con hermosas mujeres, les colmó de alegría. Hicieron mil comentarios respecto á la española y cada uno prometió emitir su opinión después de verla.

Esta marquesa de las Florentinas y Cabirollos era sencillamente la señorita Agata Florentina Cabirolle, primera bailarina del teatro de la Alegría, en cuya casa cantaba el tío Cardot la *Madre Godichón*. Un año después de la reparable pérdida de la difunta señora Cardot, el feliz comerciante encontró á Florentina al salir de la calle de Coulón. Entusiasmado por la belleza de esta flor coreográfica (pues Florentina solo tenía trece años), el comerciante retirado la siguió hasta la calle de Pasturel, donde tuvo el gusto de saber que la futura bailarina debía su existencia á una simple portera. Quince días después, la madre y la hija estaban instaladas en la calle de Crussol y gozaban de ciertas comodidades. El teatro debió á este protector de las artes la adquisición de una nueva estrella. Este generoso Mecenas volvió locas de alegría á las dos criaturas al ofrecerles un

mobiliario de caoba, cortinajes, alfombras y una cocina económica. Les permitió que tomasen criada y les señaló doscientos francos mensuales. El padre Cardot les pareció entonces un ángel y fué tratado como debía serlo un bienhechor. Para la pasión del buen anciano, esta fué la *edad de oro*.

Durante tres años, el chantre de la *Madre Godichón* tuvo el acertado pensamiento de mantener á la señorita Cabirolle y á su madre en esta bonita habitación, á dos pasos del teatro, y, por amor á la coreografía, pagó las lecciones que Vestris daba á su protegida. En 1820, tuvo la satisfacción de ver bailar á Florentina su primer paso en la danza de un melodrama de espectáculo titulado *Las ruinas de Babilonia*. Florentina contaba á la sazón diez y seis primaveras. Algún tiempo después de este debut, el padre Cardot fué considerado ya por su protegida como un *viejo avaro*; pero como tuvo la delicadeza de comprender que una bailarina del teatro de la Alegría tenía que vivir con decencia, y como el anciano le llevaba su socorro de quinientos francos mensuales, si no fué ya un ángel, fué por lo menos un *amigo*, un segundo padre. Era esto, pues, la *edad de plata de su amor*.

De 1820 á 1823, Florentina tenía ya toda la experiencia que deben tener todas las bailarinas de diez y nueve á veinte años. Sus amigas fueron las ilustres Marieta y Tulia del teatro de la Ópera, Florina y la pobre Coralía, arrebatada tan pronto á las artes, al amor y á Camusot. Como el padre Cardot tenía por su parte cinco años más, sólo contaba con la indulgencia que la bailarina debía á esa media paternidad que conciben los ancianos por las jóvenes á quienes han educado y cuyos éxitos consideran como cosa propia.

Por otra parte ¿dónde y cómo hubiese encontrado un anciano de sesenta y ocho años una mujer como Florentina, que tan bien conocía sus costumbres y en cuya casa podía cantar con sus amigos la *Madre Godichón*? En esta época el padre Cardot soportó un yugo medio conyugal y de una fuerza irresistible. Esta fué la *edad del cobre*.

Durante los cinco años de la *edad de oro* y de la *edad de plata*, Cardot economizó noventa mil francos. Este anciano, lleno de experiencia, había previsto que cuando él llegase á los setenta años y Florentina fuese mayor, debutaría sin duda en la Ópera y querría llevar el lujo que llevan, por lo general, los artistas de primera fila. Algunos días antes de la velada que vamos á describir, el padre Cardot había gastado



cuarenta mil francos á fin de instalar con cierto lujo á su Florentina, para la cual había alquilado la antigua habitación en que la difunta Coralia hacía la felicidad de Camusot. En París existen habitaciones y casas que, lo mismo que las calles, parecen predestinadas. Habiendo adquirido una magnífica vajilla y cubiertos de plata, la primera bailarina de la Alegría daba grandes comidas, gastaba trescientos francos al mes en alfileres, no salía más que en coche, y tenía camarera, cocinera y lacayo. El *Cocón de Oro* ofreció entonces á su antiguo amo sus más espléndidos productos, para poder agrandar con ellos á la señorita Cabirole, llamada Florentina, como había agradado antes á Coralia, aunque siempre sin conocimiento de la hija de Cardot, pues el padre y el yerno se entendían á las mil maravillas para guardar el decoro de la familia. La señora Camusot no sabía nada de estas costumbres de su padre ni de las aficiones de su marido. La magnificencia que brillaba en la calle de Vendome en casa de la señorita Florentina, hubiese dejado satisfecha á la corista más exigente. Después de haber sido el amo durante siete años, Cardot se sentía arrastrado por un remolcador y por una potencia ilimitada. ¡Pero el desgraciado anciano amaba!... Florentina tenía que cerrarle los ojos, y él contaba legarle un centenar de miles de francos. ¡La *edad de hierro* había empezado!

Jorge Marest, muchacho guapo y con treinta mil francos de renta, amaba á Florentina. Todas las bailarinas suelen amar á alguno del mismo modo que las aman á ellas sus protectores; suelen tener algún joven que las acompaña á paseo y que les prepara magníficas excursiones campestres. Aunque sea desinteresada, una bailarina siempre cuesta algo al *feliz mortal* escogido; las comidas en la fonda, los palcos, los coches para ir á las afueras de París, los vinos exquisitos gastados con profusión, pues las bailarinas viven como vivían en otro tiempo los atletas. Jorge se divertía como se divierten los jóvenes que pasan del yugo paterno á la independencia, y la muerte de su tío, doblando casi su fortuna, le hacía cambiar de ideas. Mientras que tuvo solamente los diez y ocho mil francos de renta que le habían dejado sus padres, su intención fué ser notario; pero, como había dicho su primo á los pasantes de Desroches, era preciso ser estúpido para abrazar una profesión con una fortuna igual ó mayor que la que se llega á adquirir cuando se abandona la dicha profes-

sión. El primer pasante celebraba, pues, su primer día de libertad, con aquel almuerzo que servía, al mismo tiempo, para pagar la bienvenida de su primo. Más formal que Jorge, Federico persistía en dedicarse á la magistratura. Como que un joven guapo y desenvuelto como Jorge podía muy bien casarse con una rica criolla, del mismo modo que el marqués de las Florentinas y Cabirolos habían podido en su tiempo casarse con una muchacha, en lugar de hacerlo con una noble, los pasantes del estudio de Desroches, que eran todos de familias pobres y que no habían frecuentado nunca el gran mundo, se pusieron sus mejores trajes y estaban ya impacientes por ver á la hermosa mejicana y marquesa de las Florentinas y Cabirolos.

—¡Qué suerte he tenido con haberme encargado un traje nuevo y un par de botas, y con que mi madre me haya traído un ajuar completo!—dijo Oscar á Godeschal.—Además de las doce camisas que me ha traído también, tengo yo seis hermosas y bordadas... Vamos á hacer nuestro ingreso en el gran mundo. ¡Caramba! ¡si alguno de nosotros pudiese *birarle* la marquesa á Jorge Marest!...

—Hermosa ocupación esa para un pasante del estudio de maese Desroches—exclamó Godeschal.—Pero, hombre, no seas calamidad. ¡No has de domar nunca tu estúpida vanidad?

—¡Ah! señor—dijo la señora Clapart que llevaba á su hijo unas corbatas y que oyó el dicho del primer pasante.—¡Quiera Dios que Oscar siga los consejos de usted! Por eso no me canso de decirle siempre: imita al señor Godeschal, no olvides sus consejos.

—Ya lo hace, señora—respondió el pasante;—pero con pocas que hiciera como las de ayer, bastaría para que se desacreditase en el concepto de nuestro principal. El amo quiere que se salga siempre airoso. Por primer asunto, encargó ayer á su hijo de usted un juicio en la audiencia, y Oscar se ha dejado engañar... Nuestro principal estaba furioso. Gracias á que yo he podido reparar la falta yendo esta mañana á ver al escribano, de quien logré que señalase el juicio para mañana á las siete y media.

—¡Ah! Godeschal, es usted un verdadero amigo—exclamó Oscar dirigiéndose al pasante y estrechándole la mano.

—¡Ah! señor—dijo la señora Clapart,—¡qué feliz es una madre cuando sabe que su hijo tiene un amigo como usted,



y quépale la seguridad de que mi agradecimiento no se extinguirá nunca. Oscar, desconfía de ese Jorge Marest, que fué ya la primera causa de tu desgracia en la vida.

—¿De qué modo?—preguntó Godeschal.

La confiada madre explicó sucintamente al primer pasante la aventura ocurrida á su pobre Oscar en el coche de Pierrrotin.

—Estoy seguro de que ese charlatán nos tiene preparadas algunas de las tuyas para esta noche—dijo Godeschal.

—Yo no iré á casa de la marquesa de las Florentinas; mi hermana me necesita para estipular una nueva contrata, y, por lo tanto, yo me marcharé á los postres; pero ten mucho cuidado, Oscar. Acaso te hagan jugar, y no quiero que el estudio de Desroches se quede atrás en nada. Ahí tienes cien francos para que juegues por los dos—dijo este buen muchacho dando dicha suma á Oscar, cuyo bolsillo había quedado exhausto con las cuentas del zapatero y del sastre.— Sé prudente, no juegues más de los cien francos y no te dejes embriagar por el juego ni por las libaciones. ¡Qué diablo! un segundo pasante debe ser hombre de peso, no debe jugar á crédito, ni pasar de un cierto límite en todo. Cuando se llega á ser segundo pasante hay que pensar en ser procurador. Así es que ni beber demasiado, ni jugar demasiado; guardar una actitud conveniente. Esa debe ser la regla de tu conducta. Sobre todo no te olvides de volver á las doce, pues mañana tienes que estar en la audiencia á las siete. Bueno es divertirse, pero el negocio ante todo.

—¿Oyes, Oscar?—dijo la señora Clapart.—Ya ves como el señor es indulgente y sabe conciliar los placeres de la juventud con los deberes profesionales.

Mientras Oscar salía al encuentro del zapatero y el sastre, que le buscaban, la señora Clapart se quedó sola con el primer pasante para devolverle los cien francos que acababa de dar á su hijo.

—¡Ah! señor, las bendiciones de una madre le seguirán á todas partes—le dijo ella.

La madre tuvo entonces la suprema dicha de ver á su hijo elegantemente vestido; para recompensarle su buena conducta, la madre le llevaba un reloj de oro comprado con sus economías.

—Dentro de ocho días te sortearán para ir soldado—le dijo su madre,—y como es preciso prever el caso de que

obtengas un mal número, he ido á ver á tu tío Cardot, el cual está muy contento de ti. Maravillado al saber que eres segundo pasante á los veinte años, ha prometido el dinero necesario para comprarte un sustituto. ¿No experimentas un cierto placer viendo como todo el mundo recompensa tu buena conducta? Si sigues soportando las privaciones, piensa que dentro de cinco años podrás tener un estudio. En fin, hermoso mío, piensa en lo muy feliz que haces á tu madre.

El rostro de Oscar, un poco gastado á causa de las privaciones y del estudio, tenía cierto aspecto de seriedad impreso, sin duda, por la práctica de los negocios. Su crecimiento había acabado y su barba había brotado ya. En una palabra: que la adolescencia dejaba paso á la virilidad. La madre no pudo menos de admirar á su hijo y de abrazarle tiernamente, diciéndole:

—Diviértete, pero no olvides los consejos del señor Godeschal. ¡Ah! ¡se me olvidaba! Aquí tienes el regalo de nuestro amigo Moreau, una bonita cartera.

—Me viene de perillas, porque mi principal acaba de darme quinientos francos para ese condenado juicio de Vandenesse contra Vandenesse y no quiero dejarlos en mi cuarto.

—¿Los vas á llevar contigo?—dijo la madre asustada.— ¿Y si los perdistes? ¿No sería mejor que los confiases á Godeschal?

—Es verdad. ¡Godeschal!—gritó Oscar, que juzgó excelente la idea de su madre.

Godeschal, como todos los pasantes, salía á dar un paseo entre diez y dos y se había marchado ya.

Cuando su madre lo dejó, Oscar fué á lucirse por los paseos esperando la hora del almuerzo. ¿Cómo no pasear y lucir aquel hermoso traje con un orgullo y un placer que recordarán todos los jóvenes que se han encontrado en la escasez durante los primeros años de su vida? Un bonito chaleco de cachemir, un pantalón negro á rayas, una levita negra muy bien hecha y un bastón comprado con sus economías, era muy natural que causasen alegría á un muchacho que pensaba en la manera como iba vestido el día del viaje á Presles, y que recordaba el efecto que Jorge le había producido. Oscar tenía en perspectiva un día delicioso, y aquella noche debía de hacer su entrada en el gran mundo por primera vez. Confesémoslo: á un pasante privado de placeres y